

Henry Roth

un judío de confesión americana

[Marciano Martín Manuel]

Henry Roth nació el 8 de febrero de 1906 en Tysmenitz, Galitzia, en el antiguo imperio austrohúngaro, hoy Ucrania, y falleció en Albuquerque, Nuevo Méjico, el 13 de octubre de 1995. Su padre emigró a los Estados Unidos en 1907. Un año después embarcó la familia. Roth se educó en el City College de Nueva York. Dickens, Mark Twain, Jack London y Joyce figuran en la galería de sus autores favoritos. Aconsejado por su mujer Eda Lou Walton, Roth trasladó a la literatura su tormentosa infancia en América. Así nació *Llámalo sueño* (*Call it sleep*), en 1934. Roth abandonó a su mujer, en 1939, a la que dedicó la novela, y contrajo nupcias con Muriel Parker, pianista y compositora, con la que convivió en el estado de Maine hasta su muerte, en 1990, como describe en la novela póstuma *Un americano*. Un texto que resuelve algunos de los enigmas planteados, y no resueltos, en su primera novela.

La reedición de *Llámalo sueño* treinta años después de su publicación, aclamada por el público y una crítica que no había prestado atención a la estética innovadora del relato, pero que ahora la saludaba como una de las obras fundamentales de la narrativa norteamericana del siglo XX, significó su renacimiento y consagración a la literatura. En España se publicó con el título *La calle es pequeña*, en 1966, reeditada por Alfaguara en 1990, con traducción de Miguel Sáenz¹. A finales de los ochenta, Roth escribió el friso narrativo *A merced de una corriente salvaje* (*Mercy of a Rude Stream*), compuesta por los volúmenes, *Una estrella brilla sobre Mount Morris Park*, *Un trampolín de piedra sobre el Hudson*, *Redención*, y *Réquiem por Harlem*. Una novela río sobre la vida de Ira Stigman, su alter ego. Abarca desde el final de la adolescencia de David Schearl, el protagonista de *Llámalo sueño*, hasta los veintiún años, salpicada con reflexiones sobre la vida, la política y el amor.

¹ Consulto las ediciones *Llámalo sueño*, Alfaguara, 1990; y *Call it sleep*, con una introducción de Alfred Azin y un epílogo de Hana Wirth-Nesher, Farrar, Straus y Giroux, New York 1991.

PRÓLOGO: «LA TIERRA PROMETIDA»

David y su madre Genya llegan a la isla de Manhattan a comienzos de mayo de 1907, el año en que se registró el mayor movimiento migratorio en la costa de los Estados Unidos. La familia proviene de Tysmenitz, Galitzia. El reencuentro de la familia, después de un año de ausencia, no es motivo de alegría para el padre, Albert Schearl. David cubre su cabeza con un sombrero moteado de cintas, reducto de la aldea judía askenazí (el *shtetl*), que su progenitor arroja con hostilidad al mar porque no soporta el reflejo de judío aldeano (el *ostjude* de la Europa del Este), del que quiere desprenderse. El vaporcito «Peter Stuyvesant» surca el remanso de las aguas, como el judío del Éxodo, en busca de la tierra de la libertad y las oportunidades, la Tierra Prometida, el sueño americano.

LIBRO I: «EL SÓTANO». PROBLEMAS DE ADAPTACIÓN

Henry Roth ofrece una mirada introspectiva de la vida atormentada de David Schearl, narrada a través del monólogo interior, inspirado en *Ulises*, de Joyce, cuya narrativa marcó su impronta literaria. David reside en Brownsville, un barrio poblado por judíos inmigrantes. Annie, hija de la inmigrante judía Mink MacCardy, persuade a David para que juegue con ella en el armario a ser un niño «malo». Su traumatizante experiencia sexual le provoca una pesadilla: una mujer (su madre), un niño que se vuelve repulsivo (David) y una muchedumbre (el pueblo gentil) que persigue a un mirlo (el pueblo judío).

Su madre, Genya, emerge como emblema del hogar judío. Genya, como Rifke, la madre de Ijiel en *El judío de los Salmos*, de Shólem Asch², acata con resignación la servidumbre de la esposa judía relegada a la crianza de los hijos y el hogar. Genya sacrifica su vida por la fami-

² Véase mi ensayo: «El jasidismo en *El judío de los Salmos*», *Clarín. Revista de Nueva Literatura*, año XVIII núm. 103, enero-febrero 2013, pp. 10-15.

lia, como Rifke, pero en Genya hay un atisbo de rebel-
 día: «No sé por qué hicieron los viernes tan difíciles para
 las mujeres», expresa mientras ultima los preparativos de la
 fiesta del *shabat*. A la salida de la escuela David se encuen-
 tra con un funeral y huye aterrorizado a su casa. Genya le
 habla de su vida en la aldea austríaca de Veljish, su lugar
 de procedencia. Sus padres eran campesinos acaudalados
 que vivían de la explotación maderera, pero la sobreex-
 plotación de los bosques acabó con la riqueza. La fami-
 lia abrió una tienda para sustraer a Esau (metáfora de los
 gentiles) una parte de la herencia que le robaba a su her-
 mano Isaac. En *Un americano*, Zaida y Baba, abuelos de
 Ira Stigman, y cuatro de sus tíos venden la tiendecita (la
gesheft) para pagarse el pasaje a la tierra dorada de Améri-
 ca en 1914. David pregunta a su madre qué hacen los di-
 funtos cuando se despiertan, y esta le responde que no
 despiertan, sino que cierran los ojos y viven años eternos.

David juega con la pandilla y divisa a Joe Luter, un
 amigo de su padre. Teme que que Joe le obligue a jugar
 en el armario a ser «malo». David pelea con Yussie y huye
 aterrado del barrio porque cree que le ha dejado malheri-
 do. Su primera salida del entorno judío, su acceso al mun-
 do de los *goim*, le conduce a la comisaría de policía. En
 su incomprensible jerga idish-americana, el primer pel-
 daño en la escala de la asimilación, David dice a los poli-
 cías que reside en «Bodder Striit». Los guardias entienden
 Bother, Botter, Body y Podder, hasta que caen en la cuenta
 de que es Barhdee Street. Un guardia le ofrece un trozo de
 pastel de chocolate que su madre no sabe cocinar. Genya,
 su ángel protector, le rescata del mundo de los gentiles y
 le introduce en la calidez del hogar judío. David le miente
 sobre las razones de su huida, pero su madre sospecha que
 no han sido los chicos del barrio, sino Joe Luter.

Henry Roth explora a través de la mirada inocente
 de David las intrincadas relaciones entre judaísmo y cris-
 tianismo. El encuentro con la cultura de los *goim* le acar-
 rea problemas de conciencia. La luz de la lámpara de la
 casa americana evoca en David la luz milagrosa que vie-
 ron dos campesinos cristianos en una ciudad próxima a su
 aldea judía, como la zarza ardiente que contempló Moi-
 sés, en cuyo lugar los cristianos construyeron una ermita
 a la que acudían en peregrinación en petición de milagro.
 Pero David considera la llama de Moisés, el judaísmo, la
 única luz verdadera.

La calle emerge como geografía multicultural donde
 el inmigrante idish cohabita con el nativo americano. Los
 judíos inmigrantes de primera generación muestran inter-
 rés por aprender la lengua vernácula, la jerga de los barrios
 fondos de Harlem, sin desprenderse de la lengua nativa
 idish, creando un peculiar registro lingüístico. Genya, en

cambio, apenas balbucea el inglés porque vive aprisionada
 entre las cuatro paredes del hogar, como los ratones del só-
 tano que Yussie tiene apresados en su jaula de hierro. David
 se rebela contra la lobreguez del sótano. No quiere ser ca-
 zado por los *goim* como un vulgar ratón. David quiere salir
 del entorno judío y buscar un lugar propio en la sociedad
 americana, cuya actitud le provoca un sentimiento «no tan-
 to de miedo como de rabia». Henry Roth había renuncia-
 do al judaísmo en la década de los años veinte del siglo xx,
 antes de la redacción de la novela, si bien en los años sesen-
 ta se interesó por el movimiento sionista y los principios
 del judaísmo reformado, como expresó en *A merced de una
 corriente salvaje*, y *Un americano*³.

LIBRO II: «EL CUADRO». EL CONFLICTO JUDEOCRISTIANO

La familia de David Schearl se ha trasladado al gueto neo-
 yorkino del Lower East Side de Manhattan, en la encru-
 cijada de la calle Novena con la Avenida D. Un barrio
 cosmopolita, lleno de luz, de sonido, de vida. David tie-
 ne poco más de siete años. Los luctuosos recuerdos de
 Brownsville se han diluido en su memoria. El sentimien-
 to de integración de los inmigrantes judíos en la cultura
 americana es una constante en la novela. Buena parte de
 los inmigrantes luchan por hacerse acreedores de la ciu-
 dadanía americana, como su tía Bertha, una zafia pelirroja
 de lenguaje soez, y su novio Nathan Sternowitz, un ju-
 dío ruso viudo con dos hijas. Bertha disfruta de los pla-
 ceros de la vida americana, en contraste con el bostezante
 aburrimiento de Veljish: «era tan silencioso como un pedo
 en sociedad». Bertha no se amilana ante las dificultades
 de la lengua nativa y crea una jerga amestizada con el in-
 glés y el idish, como expresa jocosamente en la consul-
 ta del odontólogo: «Me quita un “molleh” [muela] y me
 deja “molleh” [circuncidada]». En otra escena, Roth en-
 trecruza las palabras *Crizto* y *Christmas*: «Jesús *Crotzmich*,
 «Jesús Ráscame».

Bertha es una mujer henchida de vida que reprocha a
 su hermana Genya su mansedumbre de espíritu, como un
 mar sin tormentas que malgasta su sal en lágrimas. Una
 «mujer sensata tiene que usarla también para dar sabor». El
 sueño de Bertha es amasar fortuna aunque pase privacion-
 es en el hogar. Bertha, como Max Morris, el tío de Ira
 Stigman, sacrifica su vida en aras de la consecución de los

³ El manuscrito *Batch 2* llegó a Robert Weil, editor de *The New Yorker*, en
 2005. Era la continuación de *A merced de la corriente salvaje*. Publicó dos re-
 latos en 2006. La versión original ocupaba 1900 páginas. A sugerencia de su
 editor Robert Weil, y con la conformidad de su albacea literario Lawrence
 Fox, Willing Davinson abordó el proyecto novelístico que ha llegado a ma-
 nos del lector.



valores morales del dinero. Para algunos judíos en vías de asimilación es mayor la creencia en el dios de la riqueza, el dios Mammón, que en el Dios de Israel.

Bertha lleva a David al Museo Metropolitano de Nueva York. Su segunda salida del universo judío le reporta una experiencia enriquecedora. También acuden al cine, como era afición en Roth. La narrativa guarda parentesco con la técnica cinematográfica. Bertha y Genya hablan de su vida en Veljish. A su padre, el rabino piadoso Benjamín Krollman, le tenían por un holgazán que dejaba la tienda al cuidado de su esposa y de Genya para ocuparse de las cosas de Dios. Las persecuciones contra los judíos no eran tan ostensibles como en la Rusia de los últimos zares, de lo contrario, su hermano Herman hubiera desatado «un pogromo» cuando trató de seducir a una campesina católica y su marido le persiguió con un hacha. Henry Roth debió de conocer de primera mano las campañas antijudías rusas contra los judíos a finales del siglo XIX, como Shólem Asch y Bábel.

La superstición religiosa, el paroxismo pietista, es otra de las constantes en la narrativa. Durante la cena fami-

liar en la que Bertha presenta a Nathan, este comenta que su madre era ciega. El médico le había desahuciado, pero su padre le llevó al rabino jasídico Leibish, un curandero con fama de milagrero, como el rabino de los Salmos, y recuperó algo de vista. En Austria, Genya vivía como una mujer emancipada que devoraba novelas románticas alemanas y tenía pretendientes cristianos. «No tenías una forma de ser judía», le recuerda Bertha. Genya confiesa a su hermana que tuvo un novio, Ludwig, un organista cristiano, miembro de los servicios fúnebres de la iglesia católica, con el que estaba dispuesta a casarse, pero le rechazó porque se había comprometido con una católica acaudalada. En *El judío de los Salmos*, Reisel estaba dispuesta a contraer nupcias con el cristiano Stepan Dombrowski y se enfrentó a la excomunión de las autoridades rabínicas jasídicas. El padre de Genya se siente culpable por la relación incestuosa de su hija con el cristiano, que vincula con alguna ofensa infligida a Dios. Al rabino le aterra que su hija engendre un «benkart», un bastardo. En *El judío de los Salmos*, el sacerdote católico anatemia el nacimiento de Reisel, fruto de la magia negra y la hechicería del

judío pietista. Tanto el rabino como el sacerdote católico temen que el amor judeocristiano, que no comparten, quebrante la tranquilidad de la aldea. En *Un Americano*, Ira Stigman se ha unido a una mujer gentil y no le importa que sus hijos sean judíos o cristianos. Únicamente pide que sean americanos sanos. Su tío, Max Morris, despotrica contra el mundo de la gentilidad, al que acusa de acarrear la ruina moral del judaísmo por medio de la asimilación.

LIBRO III: «EL CARBÓN». LA IMPUREZA DE ISAÍAS

Albert se considera poco judío, en el sentido religioso del término, pero quiere que su hijo sea educado en el judaísmo. Su madre le lleva a una escuela judía (el *jéder*). David ha encontrado estabilidad emocional, que atribuye a su acercamiento a Dios. El rabino Yidel Pankower explica la alegoría de *Isaías* 6, 1-8, el nudo gordiano de *Llámalo sueño*. Isaías se consideraba un ser impuro porque había visto a Yahvéh Sebaot sentado en su trono rodeado de ángeles, pero uno de los serafines tomó con unas tenazas un trozo de carbón del altar del Templo, le tocó los labios y expió su culpa.

El rabino impele a los niños a leer la *Hagadá* en voz alta, y en hebreo, para que puedan oírse unos a otros. No quiere oír una palabra idish y *goim*. Roth entreteje el tamborileo de la lluvia sobre el tejado con las elucubraciones de David sobre la hermenéutica del carbón seráfico y la luz de Isaías. A la cohabitación lingüística del idish con las lenguas europeas se yuxtapone la diglosia entre la lengua hebrea, que emerge como recinto privilegiado de unificación del pueblo judío, y la lengua idish, reducto de la aldea askenazí. Ante el desconcierto de la clase, el rabino pide a los niños que reinicien la lectura. Comienzan con las cuatro preguntas preceptivas de la noche de la pascua hebrea (*Pésaj*) y concluyen con la canción *Jag Gadiá*, citada por Joyce en *Ulises* en «Y era la fiesta de la pascua hebrea»⁴. Un alumno bromista lee «se hodió» por «*hag gadiá*» provocando la hilaridad de la clase. El rabino reprende a los niños: «Hasta un *goy* sabe más de su porquería que lo que vosotros sabéis de la santidad». A petición del rabino, David Schearl vierte al idish la canción de la pascua hebrea, que traduce a la perfección, y le gratifica con un centavo. A la salida de la escuela, una judía anciana solicita a David que encienda el gas de su casa porque ha comenzado el *shabat*, y ella no quiere encenderlo para no incurrir en pecado. David infringe la ley de Dios, pero la anciana le recompensa con un centavo con la efigie de

Lincoln. Ahora tiene dos monedas. Una ganada con su esfuerzo, y la otra, fruto de la impiedad.

El primer día de *Pésaj*, David baja a la calle con una cuchara de madera, una pluma y unas migas de pan con levadura atadas con un trapo, símbolo de la impureza (el *hamétz*) que el judío calcina para purificar el hogar. Tres *goim* impiden que David quemé el *hamétz* en su hoguera si no paga un centavo. David no accede y prende fuego en el muelle, del que sale una apestosa voluta azul. David se recrimina porque el fuego sagrado de Dios no puede ser apestoso. Tres chicos irlandeses antisemitas le insultan. David niega que sea *lijudi*, despectivo de judío. Los niños le preparan una encerrona. Le regalan una espada de cinc y le dicen que si la arroja sobre los raíles del tranvía disfrutará de la magia. David hunde la hoja en los labios del raíl y la espada despidió una descarga eléctrica, que asocia con el relámpago (el *blitz*), la luz purificadora de los ángeles. En la escuela relee el pasaje de Isaías. El rabino cree que ha entrado para robarle los punteros con los que juegan los niños. David, reo de la confusión, enlaza aturulladamente la imagen del carbón entre las vías con el resplandor de los raíles ante la incompreensión del rabino. David retorna al hogar para celebrar la pascua hebrea.

LIBRO IV: «EL RAÍL». LA REDENCIÓN

Albert Schearl, un inadapado social que cambia constantemente de oficio, es repartidor de leche en la calle Novena, frecuentada por delincuentes juveniles. David vigila el carro mientras su padre efectúa el reparto. Wally y Augie le roban dos frascos. Albert captura a uno de los malhechores y se ensaña con el látigo; luego golpea a su hijo y le amenaza con matarlo si se lo cuenta a su madre. En la escuela el rabino le expulsa de clase por falta de atención. El mundo parece volverse en su contra. David retorna al hogar, pero no puede entrar porque su madre está tomando un baño. La bata que cubre su desnudez es amarilla, como los neumáticos del coche que condujo su amante cristiano la última vez que le vio y las llamas que desprendió de la muñeca de celuloide. Kushy comenta en la pandilla la historia del canario que perdió la madre de Sadie Salmonowit y al buscarlo por los tejados vio el canario de una mujer desnuda que se lavaba en una tina. David repara en su madre. Roth expresa la angustia del niño con un extenso monólogo interior. De vuelta al hogar, Genya muestra a su hijo el látigo negro de puño blanco y el trofeo de un toro con cuernos amarillos que ha comprado Albert, porque le recuerda a su padre cuando trabajó de capataz en la fábrica de levadura del barón Kobelien, y le contrató como cuidador de ganado. Es una de las escasas referencias a la vida paterna en la aldea. En otra

⁴ *Ulises*, de James Joyce, traducción J. M. Valverde, Editorial Lumen, capítulo 7, p. 193.

ocasión, Albert Schearl rememora con nostalgia la representación de *La venganza de Sansón* por una compañía de teatro idish a la que asistió en la feria de Lemberg.

David traba amistad con Leo Dugovka, un polacoamericano de religión cristiana. Ira Stigman se considera judío americano de origen europeo criado en los barrios bajos de Harlem, que acata las leyes del país de acogida y defiende como suya la bandera de las barras y estrellas, sin renunciar a su tradición, educación y cultura judías, como Philip Roth en *La conjura contra América*. Los niños dialogan sobre los emblemas religiosos. Leo explica el poder sobrenatural de la cruz en la que murió Cristo. La cruz que su madre llevaba al cuello le salvó de operarse de apendicitis, y él se persignaba tres veces antes de zambullirse en el Hudson y nunca se ahogaba. El escapulario de la virgen María con el niño Jesús es otro talismán que le impide tener miedo. Leo le pregunta por los amuletos judíos. David menciona el chaleco con flecos que los judíos piadosos llevan debajo de la camisa (el *talit katán*), y los correajes de cuero con las cajitas (los *tefilín*) que se anudan en la sinagoga en la fiesta de su mayoría de edad (*bar mitzvá*). Leo encontró en la jamba de la casa unos papeles de retrete enrollados y los hizo pedazos (la *mezuzá*). A David le remuerde la conciencia porque cree que está traicionando al pueblo judío, pero no le importa porque Leo es su amigo.

David acude a la confitería de Bertha en Kane Street. Su tía le pide que despierte a las perezosas de sus hijastras y les diga que las sacrificará para salvar gentiles si no se levantan de la cama. Esther le pide a David que la acompañe al sótano donde está el retrete y la mire mientras orina, como hizo con otro chico, pero la oscuridad le produce pánico y no posee un amuleto como el rosario. David vuelve a casa de Leo y le invita a comer cangrejos, que David rechaza porque es un alimento impuro. «Qué suerte no ser judío», profiere Leo. David descubre una escultura de Jesús con el corazón iluminado. La corona de espinas, dice Leo, se la pusieron los judíos cuando mataron a Cristo. David cree en el poder protector de los escapularios cristianos, pero Leo no le entrega ninguno porque no es católico. Promete regalarle un rosario negro que guarda en una caja blanca con el grabado de un pez y la palabra Dios impresa en letras negras, si convence a su prima Esther de que le enseñe las nalgas. A la salida de la escuela, David y Leo patinan con Esther. Leo piropea a la niña en idish: «*shine maidel*» (chica guapa), «*tookis*» (nalgas). Leo le entrega el rosario y se oculta con Esther en el sótano. David se ensimisma con «las cuentas de la suerte». Polly sorprende a su hermana con el cristiano. Se intercambian insultos:

goy, sucio cristiano, putas judías, *lijudis*. David recapacita que el rosario negro solo le acarrea desgracias. Huye del sótano y retorna a la escuela. Los niños juegan a los palillos y relegan a David al último lugar. No le importa que le tiranicen. Es el precio que tiene que pagar por haberse apartado de la comunidad judía. El rabino Schullim acude a la escuela para inspeccionar la calidad de la enseñanza. Zuck se ofrece voluntario para leer la Torá. El rabino Yindel pierde los estribos y le insulta: «*golems* de yeso... ¿Me vais a torturar como el dios de los gentiles?». La referencia a la leyenda askenazí del gólem cobra un matiz cariñoso en la madre: «Mi querido gólem de ojos grandes». El rabino Yindel considera a David un judío religioso ejemplar y censura la conducta de los alumnos asimilados, los «Esaús americanos». La lengua hebrea, geografía del judaísmo, pierde privilegio frente a la lengua barriobajera de Harlem, la lengua de la asimilación. La relectura de *Isaías*, 6, 1-2, en la que el profeta contempla a Dios, despierta en David el sentimiento de culpa por su bastardía cristiana. David confiesa a los rabinos que es hijo de una judía y un organista cristiano. Un ser impuro a los ojos del Dios de Israel, como Isaías.

El rabino Yindel Pankower se dirige a la casa de David para pedir explicaciones a sus padres. Durante el camino, el rabino evoca su vida en Vilna, la Polonia rusa donde conoció las persecuciones contra los judíos. El rabino medita sobre el futuro de la juventud askenazi, la generación barriobajera de la acera y del arroyo. El *ostjude* ha sobrevivido a las persecuciones antijudías de la Europa Central, pero no puede defenderse de la asimilación que le está apartando del Dios de Abraham y de la historia judía. Los niños desconocen la calumnia de Mendel Beiliss, al que cargaron la autoría del sacrificio de un niño cristiano para fabricar con su sangre el pan ácimo y comerlo en la pascua judía, un tema que abordará en *A merced de la corriente salvaje*. El rabino Pankower se lamenta porque la comunidad judía ha engendrado una caterva de mentecatos y David, el impuro David, es el más inteligente de la clase.

Mientras David camina por la calle rememora su tormentosa infancia por medio de símbolos narrativos, destellos de imágenes cinematográficas, conocidos por el lector: el sótano, el canario, las cuentas del rosario, la cometa, las primas. El retorno de David al hogar actúa como detonante del conflicto judeocristiano. Genya reprocha al rabino Yindel Pankower que haya creído el cuento de la madre judía y el organista cristiano. Si David fuese un niño estúpido, un gólem de yeso, le creería, pero el rabino le aprecia «como una corona entre la basura, como un serafín entre los *goyim* de Esaú», y lo con-

sidera obra de la fabulación. Albert discute con Genya sobre la paternidad de David. Genya le confiesa que su relación con el cristiano ocurrió antes de conocerle. El padre judío repudia al hijo bastardo. La tragedia se cierne sobre la familia.

Entre tanto, Nathan recrimina a su mujer Bertha que haya consentido que «esa escoria de Esaú» manoseara a su hija, como el *goy* que manoseó a Genya. «Es un rasgo de familia», malicia el esposo. Nathan irrumpe en la casa para contarle la fechoría de David, pero Bertha se anticipa y le dice que han venido para pedirles un préstamo. Albert cree que es por alguna travesura de su hijo porque ellos son pobres. David aparece con el látigo roto con el que su padre le flageló. Albert piensa que se lo ha contado a su esposa y le azota. El rosario negro con la cruz dorada se derrama sobre los cuadrados blancos y verdes del linóleo. Albert Schearl enarbola el rosario como prueba de la bastardía cristiana de su hijo. David escapa del hogar, roba un cazo metálico y lo introduce entre los raíles del tranvía. Una descarga eléctrica de quinientos cincuenta voltios, el *blitz* de los ángeles, desgarró la tierra y abate a David, que pierde el conocimiento.

La acción se detiene bruscamente. El rayo de luz maneja el desenlace de la historia mediante acciones paralelas narradas con un ritmo pautado que regula el suspense hasta alcanzar el clímax. Bill Whitney, el guardián del Royal Warehouse, en el East River y la calle Décima, está ensimismado en sus pensamientos. Varias escenas se desarrollan en la Avenida D, en torno a la cervecería de Callahan, y las prostitutas Mary y Mimi, que dialogan sobre sus experiencias sexuales. En la Avenida C circula un tranvía. En su interior los judíos askenazíes Schloimee, Elix y Moses conversan sobre una nueva traición a la comunidad de Israel, como sucedió con las revoluciones de 1789, 1844, 1871 y 1905. Las masas exacerbadas liberarán a los pobres el día que cante el gallo rojo. Preludio de la revolución social. Henry Roth se había afiliado al partido comunista un año antes de la redacción de *Llámalo sueño*. El gallo rojo cantó a la revolución en *Caballería Roja*, de Babel, y motivó el desencanto de los judíos jasídicos con el

comunismo⁵, tras el ciclón del Gran Terror de 1937, como también se desencantó Roth con el partido comunista en la década de los sesenta, porque no aceptaba la imposición de escribir sobre el realismo social, el proletariado y la revolución, como le sucedió también a Vasili Grossman.

Los diversos planos narrativos confluyen a través de un grupo de personas que se arracima en derredor de David. Las expresiones coloquiales de los inmigrantes italianos, armenios, irlandeses católicos, ingleses, judíos idish, americanos, y las voces en *off* de los vendedores ambulantes, se imbrican con los registros sonoros callejeros, la campanilla del trolebús y las sirenas de los barcos, conformando la banda sonora de la película. David tiene la mano manchada de hollín, el carbón de Isaías. En un acto inconsciente se toca el labio y queda purificado como el profeta Isaías. Una voz ironiza: «Apesta como el templo en *Iom Kipur*». Trasladan a David a su domicilio. Impresiones visuales fustigan su mente. El martillo, el látigo, las tenazas, los labios impuros manchados de hollín, el *jéder*, la abuela que vive «años eternos», la caja de madera con el rosario y la palabra «Dios», la pelea de sus padres. «Entonces no era un sueño», reflexiona David. La madre le reconforta con una taza de té. Albert espera un reproche de su mujer, pero Genya se reconcilia con su esposo y le consuela: «¿Para qué hablar de culpas?». La madre le dice a David que duerma y se olvide de todo. David cierra los ojos, como un fundido en negro.

En el epílogo de *Un americano*, Roth esclarece el motivo por el cual escribió *Llámalo sueño*, con unos versos de Shelley: «Libérate de lo que te encadena a la tierra como del rocío que en sueño ha caído sobre ti»⁶. ■ ■

⁵ Véase mi ensayo: «Una mirada judía en *Caballería Roja*», *Clarín. Revista de Nueva Literatura*, año XIV, núm. 84, noviembre-diciembre 2009, pp. 8-12.

⁶ Otros artículos consultados: Martín Urdiales Shaw, «Henry Roth's Short Fiction (1940-1980): A Geography Of Loss», *Journal of the Short Story in English*, 44, primavera de 2005; Virginia Ricard, «Against Oblivion: Henry Roth's "The Surveyor"», *Journal of the Short Story in English*, 44, primavera de 2005; Steven G. Kellman, «"At Times in Flight": Henry Roth's Parable of Renunciation», *Journal of the Short Story in English*, 44, primavera de 2005, en línea desde el 5 de agosto de 2008, conexión el 22 de junio de 2013, URL: <http://jsse.revues.org/index432.html>. Mi agradecimiento a Virginia Pugh por la traducción de los textos.